

Tintero

Actualidad de Womack

Álvaro Matute



Zapata y la Revolución mexicana está próximo a cumplir medio siglo. Sólo faltan dos años para eso y, no por celebrarlo, decidí leerlo de nuevo, sin que mediara obligación alguna para hacerlo, ya sea buscar algunos datos, extraer cualquier información o preparar una clase. Sólo el interés y el gusto me llevaron a sacar el libro del anaquel y leerlo como lo hago con obras literarias antiguas y recientes. El libro sigue tan vivo como hace 48 años o tal vez más. Sé que se abusa del calificativo de *clásico*, pero el libro de John Womack Jr. se lo gana con toda legitimidad. Su construcción ofrece la simplicidad de los de esa categoría: es narrativo, ofrece una alta densidad de datos, jamás pierde el hilo, no suelta su idea rectora, antes bien la recupera y redondea y provoca en el lector mucha reflexión sostenida. La traducción no desmerece. Son mínimos los detalles que podrían haber sido mejorados.

Recuerdo el arribo a un importante congreso celebrado en el Centro Vacacional de Oaxtepec los primeros días de noviembre de 1969. Womack recibía felicitaciones de parte de muchos de los asistentes, ya que la edición estaba fresca y gozaba del privilegio de haber sido simultánea en inglés y en español. David Brading me comentó que se trataba de un buen libro, subrayando *libro*, esto es, no las virtudes de la investigación, que las tiene sin duda, sino la confección final como producto destinado al lector, lo que debe ser un libro. Aclaro esto porque fue producto de su tesis doctoral harvardiana, pero —sin conocerla— sé que hubo un esfuerzo importante para que una editorial como Alfred Knopf la incluyera en su catálogo. Hoy, pasadas casi cinco décadas, sigue tan fresco como entonces.

Las obras sobre la Revolución mexicana a las que se caracteriza como *revisionistas*, incluyen el *Zapata* de acuerdo con los estudiosos. Lo es, pero sólo en parte. Más que revisionista es renovador. Es fiel a una tradición que arranca en 1943 con el *Ratz y razón de Zapata: Anenecuilco* de Jesús Sotelo Inclán, pero ubicada en una dimensión más amplia. Ciertamente, la renovación implica el revisionismo, entendido todo esto como la confección académica de un discurso histórico hecho dentro de los cánones más rigurosos de la disciplina y opuesto a lo concebido como oficial. Es renovador, porque su tratamiento de los hechos se debe a un examen documental, hemerográfico e historiográfico puntual; lo revisionista se debe más a la confrontación del zapatismo con el conjunto de la Revolución mexicana, a la búsqueda de su autenticidad frente a las ambigüedades del conjunto mayor que trató de eliminarlo o de incluirlo para extraer de él una mayor legitimidad.

Lo que el libro le aporta al revisionismo es que puede ser tomado como uno de los puntos de partida más sólidos que se dieron en su momento. La obra y su confección no parten de otros planteamientos que pudieran calificarse de revisionistas, sino de la tradición historiográfica volcada en libros de manufactura tradicional y, sobre todo, vertidos en se-

ries periodísticas —en su mayoría de los años treinta— que de no ser recuperadas por Womack estarían condenadas a ser desconocidas. El entonces joven doctor de Harvard da su agradecimiento a don José María Luján, el viejo profesor de Porfirismo y Revolución de la Facultad de Filosofía y Letras, que narraba con sabor sus clases sobre la materia. A Luján se le debe el haber puesto en manos de los investigadores el archivo donado a la Universidad por los herederos del general Gildardo Magaña, quien fue el comandante en jefe sucesor del Caudillo del Sur. Se trata del principal archivo de Zapata, por encima del de Jenaro Amezcua o el existente en el AGN, del cuartel general. Con el primero, Womack trazó su epopeya, recuperó y fijó a Zapata y al zapatismo.

La novedad para 1969 fue el enfoque desde la historia social. Después de trazar una línea histórico-político-militar, en el capítulo quinto se abre hacia las consecuencias sociales de la experiencia zapatista, tras los violentos embates militares sufridos por los morelenses y los vaivenes políticos de viejos y nuevos actores. Muestra cómo se dieron las relaciones con los elementos externos que no lograban entender a los zapatistas, salvo acaso los integrantes de las Comisiones Agrarias del Sur, lo cual es muestra de que puede haber entendimiento entre los agrónomos y la gente del campo, pero difícilmente entre ésta y otros actores políticos.

La persistencia de los campesinos “que no querían cambiar y que por eso hicieron una revolución” se sostiene en todas las páginas del libro. El epílogo muestra cómo los entornos presionaron a los herederos de Zapata para hacerlos cambiar, lo cual significa derrotar la esencia de su lucha. **U**